

# Catolicismo, familia y fecundidad: el caso de "La española inglesa"

Carroll B. Johnson

University of California, Los Angeles

*La española inglesa* es a la vez la menos y la más histórica de las *Novelas ejemplares*, pero la crítica, sobre todo el cervantismo norteamericano, ha preferido insistir en los aspectos anti-históricos: la presentación de valores transcendentales a través de personajes inverosímiles. Se soslaya así la presencia y posible significación de un amplio material histórico. En lo que sigue quiero intentar una restauración de esa significación perdida, mediante el estudio de los conceptos de catolicismo, familia y fecundidad. Mi tesis es sencillamente que el texto establece una dialéctica entre dos niveles de significación que podríamos denominar "lo universal poético" y "lo particular histórico" al insertar estas tres nociones como significantes en cada nivel y someterlas a un proceso de re-examen y redefinición.

Una versión del conflicto antes aludido entre historia y universalidad aparece en el título de la obra, título que suele leerse como una paradoja u oxímoron. Una mujer no puede ser simultáneamente española e inglesa, ni menos en el siglo XVI. Yo propongo que en lugar de paradoja, el título se considere una ecuación, cuya característica principal sería la intercambiabilidad de sus dos miembros, así que "la española inglesa" significaría "la española que también es inglesa" y "la inglesa que también es española." La protagonista española y la reina inglesa comparten el mismo nombre, lo que facilita la operación de intercambio. Además, ciertos atributos de Isabel de Inglaterra aparecen en el texto como atributos de Isabela la española. La bien conocida calvicie de la reina inglesa, por ejemplo, se traspa a la protagonista española. Esta coincidencia al revés y otras afines no pueden atribuirse a la casualidad o a los conocimientos imperfectos que Cervantes tenía de Inglaterra y su reina. Se basan más bien en creencias muy difundidas, cuya verdad o falsedad no viene a cuenta, puestas al servicio de una especie de álgebra conceptual según la cual cada una de estas dos mujeres puede ser sustituida por la otra.

Si nos atenemos a esta álgebra observamos otros ejemplos del mismo fenómeno. Posiciones que normalmente se excluyen se sustituyen libremente aquí. Las diferencias teológicas entre católicos y protestantes, por ejemplo, se vuelven borrosas cuando vemos que la reina protestante insiste en el concepto tridentino de libre albedrío y la necesidad de obras si Ricaredo ha de llegar a "merecer" a Isabela (p. 250 de la edición de H. Sieber, Madrid: Cátedra, 1980). Desde el lado católico, Isabela afirma haber perdido el uso de su voluntad y haber diferido en los padres de Ricaredo el ejercicio del albedrío que ella no tiene (p. 246). Cuando el católico Ricaredo se encuentra con el protestante Arnesto, éste ofrece un análisis a lo católico de la situación amorosa, a base de "obras que te hiciesen merecedor de Isabela". El católico responde muy

luteranamente: "Yo confieso, no sólo no merezco a Isabela, sino que no la merece ninguno de los que hoy viven" (p. 267). Las posiciones teológicas han sido trastrocadas, lo que disminuye la importancia del aspecto doctrinal de las religiones. La diferencia entre católicos y protestantes, y la noción de catolicismo, siguen siendo significativas, pero la diferencia significadora no radica en la teología.

La idea de intercambiabilidad funciona igualmente en el plano económico. Todo sistema más o menos avanzado funciona sobre esa base. Digo más o menos avanzado porque el texto comienza con una operación económica de orden más primitivo, a base del robo simplemente. Me refiero al saco de Cádiz, que no es sino una operación comercial a escala nacional, justificada por antagonismo político y religioso. El primer sustantivo que nos ofrece Cervantes es la palabra *despojo*, con que se designa a Isabela. Nuestra protagonista entra en el relato reducida a la categoría de un objeto, un objeto que posee valor en y por sí. No ya un rehén para ser rescatado por dinero, Isabela es una comodidad con valor de uso simplemente. Su rapto se inserta en un sistema económico primitivo que se basa en la noción de valor de uso frente a valor de cambio y que se sirve del robo como *modus operandi*. La expedición de Ricaredo es otro ejemplo de lo mismo. Se cruza inesperadamente con otro más, la expedición del corsario turco Arnaute Mamí, que se había apoderado de "una nave que venía de las Indias de Portugal cargada de especería" (p. 254). Tanto el sistema turco como el inglés se caracterizan por su primitivismo; en su concepto de cómo se crea riqueza, arrebatándola al prójimo; en estar montado sobre el antagonismo; en su recurso al engaño y a la violencia; y, por último, en su desconocimiento del concepto de valor de cambio frente a valor de uso. Pero la nave capturada por Ricaredo y su banda de primitivos ingleses pertenece a otro orden económico, un orden internacional a base de cooperación y buena fe, un orden que estima que la riqueza se crea mediante la inversión de capital y operaciones de cambio. La nave portuguesa pertenece a un orden avanzado que se identifica con el mundo católico, frente a musulmanes turcos y protestantes ingleses. Cervantes empieza a desgajar la noción de catolicismo de su habitual contexto teológico-político, donde existe en oposición a otras posibilidades y donde se define como una oposición. Aquí el catolicismo empieza a recobrar su antigua significación de universalidad.

Las familias de Ricaredo e Isabela dentro de sus respectivos sistemas económicos presentan distinciones análogas. Al ser capturado por Ricaredo, el padre de Isabela relaciona la pérdida de su fortuna con la de su hija, lo que empieza a sugerir otra ecuación semejante a las que hemos visto. En el plano metafórico la hija perdida puede cambiarse por la riqueza perdida y viceversa. Más adelante "la hija" en este sentido se irá concretando metonímicamente en "la belleza perdida de la hija", que se recobra al mismo tiempo que el crédito perdido del padre. Es de notar que el padre de Isabela posee, o poseía la gran mayoría de su riqueza – varios centenares de miles de ducados – en la forma de crédito. Esta riqueza invisible es mucho más importante que sus activos, que suman sólo unos cincuenta mil ducados. El crédito del padre era lo que había hecho posible su participación como mercader en la carrera de Indias, lo que a su vez resultó en la opinión que gozaba de ser el mercader más rico de Cádiz. La riqueza del padre existe como una opinión, una creencia, posibilitada por un "acto

de fe" inicial consistente en el primer crédito extendido a él. Huelga decir que existe una relación semántica entre *crédito* y *opinión*, ni hace falta insistir en la etimología que va de *crédito* a *credere* y que nos conduce de nuevo a la temática religiosa de nuestro texto, un catolicismo no ya de dogma sino la realización, la trasposición a la vida laica de los conceptos de fe y universalidad.

La familia aristocrática de Clotaldo ofrece un contraste con lo que acabamos de ver. Clotaldo aparece primero como un miembro de la expedición militar-económica contra Cádiz, o sea, un participante en un sistema inproductivo que ya hemos denunciado. El noble Clotaldo estima que la riqueza se obtiene o por vía de conquista (caso de Isabela la española) o por vía de matrimonio (caso de Clisterna la escocesa). En resumidas cuentas, Clotaldo no tiene la menor idea de cómo se hace el dinero. No sabe pensar más allá de valor de uso, y no tiene ningún concepto de las operaciones de crédito. El contraste con el padre de Isabela no podría ser más tajante. El burgués gaditano pertenece a un sistema a base de crédito, y estima que la riqueza se crea mediante la inversión de capital y subsiguientes operaciones de cambio.

Cuando Isabela vuelve a España llega con un capital de diez mil escudos, que entrega a su padre, quien a su vez los invierte en negocios. En el sistema económico "católico" tal como lo hemos definido, la riqueza o el dinero no es una finalidad en sí, sino un capital para ser invertido, para ser, en una palabra, fecundo. El texto se cuida del inventario del capital de Isabela. Además del dinero ya referido, se mencionan unas perlas con valor de veinte mil ducados y un diamante con valor, valor de cambio, bien entendido, de seis mil. La reina añade "otras joyas y otros vestidos" (p. 270). Antes de marcharse la familia a España, la reina en persona amonesta a Clotaldo de no quitarle nada de su riqueza a Isabela. Este detalle sugiere que la reina cree que su cortesano sería capaz de despojar a Isabela, lo mismo que había despojado a Cádiz años antes. Se sigue identificando a Clotaldo con el antiguo primitivismo económico, y se empieza a identificar a la reina inglesa con Isabela la española y su familia, y con el orden económico a que ellos pertenecen. El nudo Isabel/Isabela se estrecha más cuando la reina se encarga personalmente de los detalles de la transferencia del capital de Inglaterra a España, una operación complicada que requiere la participación de varios intermediarios y que trasciende las barreras nacionales y religiosas. El texto se preocupa de los detalles al parecer más nimios, tales como el porcentaje percibido por el cambista. Cito:

"La reina llamó a un mercader rico que habitaba en Londres, y era francés, el cual tenía correspondencia en Francia, Italia y España, al cual entregó los 10.000 escudos y le pidió cédulas para que se los entregasen al padre de Isabela en Sevilla o en otra plaza de España. El mercader, descontados sus intereses y ganancias, dijo a la reina que las daría ciertas y seguras para Sevilla sobre otro mercader francés, su correspondiente, en esta forma: que él escribiría a París para que allí se hiciesen las cédulas por otro correspondiente suyo, a causa que rezasen las fechas de Francia y no de Inglaterra, por el contrabando de la comunicación de los dos reinos, y que bastaba llevar

una letra de aviso suya sin fecha, con sus contraseñas, para que luego diese el dinero el mercader de Sevilla, que ya estaría avisado del de París" (p. 272).

Esta larga cita demuestra que por encima, o por debajo, de los antagonismos religiosos y nacionales existe un orden, invisible pero no desconocido, a base de buena fe frente a engaño, colaboración frente a competencia, universalidad frente a particularismo. En una palabra, se trata del orden católico antes aludido, que funciona oficialmente en los países católicos continentales. Al encargarse de estas operaciones de transferencia, la reina inglesa se incorpora a este orden internacional, se identifica plenamente con Isabela y su familia, y con las fuerzas del bien en general, al mismo tiempo que se distancia de Clotaldo y todo lo que él representa. Se incorpora a un catolicismo que no tiene nada que ver, repito, con dogmas ni prácticas. Es de notar también que el orden internacional funciona a base de mediación. O sea, el dinero no viaja de Inglaterra a Francia y a España, sino unos papeles que lo representan y que pasan de un intermediario a otro, lo que señala un estado evolucionado de la concepción de la relación entre lo significado y el significante. La cadena significativa iniciada en Londres se completa en Sevilla. La letra se entrega debidamente al mercader, y cuarenta días después el padre de Isabela recibe el dinero que nunca salió de Inglaterra, de manos de un mercader francés, que lo recibió transformado en papel desde París. A los dos extremos de esta cadena están Isabel e Isabela, española e inglesa. El eslabonamiento se posibilita gracias a una red internacional de mercaderes que existe por debajo y a pesar de las políticas nacionales y las retóricas oficiales de exclusivismo y oposición.

Dado lo que acabamos de ver, sería extraño que Ricaredo no participara también en el orden económico internacional católico. Después de haberse reconciliado con la iglesia y visitado "los lugares tan santos como innumerables" que hay en Roma, lo que se narra en poquísimas palabras, Ricaredo organiza sus cuentas. "Y de dos mil escudos que tenía en oro di los mil seiscientos a un cambio, que me los libró en esta ciudad (Sevilla) sobre un tal Roqui, florentín. Con los cuatrocientos que me quedaron, con intención de venir a España, me partí para Génova" (p. 279). Es altamente significativo el contraste entre la brevedad con que se narra la reconciliación con la iglesia y la vista a los lugares santos de Roma, único propósito de su viaje y presencia allí, y el detalle y el cuidado con que se da cuenta de los dos mil escudos. Al hallarse en poder de piratas argelinos, Ricaredo lamenta más la pérdida de la cédula significativa de su dinero, que la pérdida de su propia libertad. La libertad conseguida al final se debe no a una evasión novelesca tipo cautivo capitán y Zoraida, sino a una serie de operaciones monetarias que se cuentan en gran detalle. El rescate de Ricaredo forma parte de una serie que incluye la transferencia del capital de Isabela de Inglaterra a España. En los dos casos se insiste en una economía a base de fe y valor de cambio que atrae e incorpora a elementos oficialmente excluidos y antagónicos: el protestante inglés y el musulmán argelino. En los dos casos se insiste igualmente en hacer visible, a nivel del discurso, la infraestructura económica que

hace posible la felicidad de los personajes. Se elabora, finalmente, una redefinición del concepto *católico* en función no ya del dogma sino de la economía.

Esta preocupación económica se une a la historia de amores dentro de la casa de la familia de Isabela en Sevilla, donde Ricaredo cuenta la historia de su redención. Los conceptos de *contar* y *redención* resumen perfectamente la mezcla de que se trata aquí. Al terminar su narración, Ricaredo "sacó de una caja de lata los recaudos que decía, y se los puso en las manos del provisor, que los vio junto con el señor asistente, [...] y para más confirmación [...] ordenó el cielo que se hallase presente [...] el mercader florentín" (p. 282). El provisor es el representante del Arzobispo, el asistente es el de la corona, y el mercader florentín naturalmente representa el orden económico internacional. Los tres juntos tienen la función de convalidar el relato de Ricaredo y de confirmar su derecho a Isabela. Los tres juntos significan una armonía entre entidades antagónicas según la retórica oficial: iglesia y estado por una parte, y el internacionalismo económico por otra, los banqueros italianos tantas veces denunciados por Quevedo.

Pero hay que tener en cuenta que esta compañía no había sido convocada para escuchar a Ricaredo, sino para presenciar el ingreso de Isabela como postulante en el monasterio de Santa Paula. La llegada inesperada pero oportuna de Ricaredo convierte las festividades socio-eclesiásticas en seculares, lo que revela al catolicismo definido como se suele – la iglesia católica romana con sus prácticas peculiares, entre las que se destaca el monasticismo – como el último obstáculo a la felicidad de los amantes. Una vez más nos sorprende, desde una nueva perspectiva, el cambio radical que Cervantes ha operado en la noción de catolicismo.

El matrimonio de Isabela y Ricaredo, feliz desenlace de la historia después de tantas peripecias, en combinación con la insistente presencia de descripciones prosaicas del funcionamiento del sistema económico internacional, junta en el texto los aspectos de universalismo y particularidad, poesía e historia, que vimos al principio. Se sabe que el relato idealizado de amores pertenecía tradicionalmente a la aristocracia. Al unirlo tan estrechamente a la clase burguesa representada por Isabela y su familia, el texto de Cervantes ofrece un reflejo de la dialéctica de la historia, en la que la burguesía desplaza a la aristocracia como protagonista. Vale la pena detenernos un momento a considerar la no nobleza de la familia de la nuestra.

Primero, el padre de Isabela no tiene nombre ni apellido, o sea que no posee el atributo más esencial de la nobleza: un linaje. Segundo, la burguesa Isabela no se incorpora a la familia aristocrática de su marido cuando se casa, sino al revés. "Venid, señor," invita a Ricaredo, "a la casa de mis padres, que es vuestra, y allí os entregaré mi posesión" (p. 278). Tercero, el matrimonio burgués Isabela-Ricaredo desplaza física y literalmente a la aristocracia al alquilar y después comprar las casas que eran de la familia "de un hidalgo burgalés que se llamaba Hernando de Cifuentes." Se opera así una redefinición del concepto de lo que Américo Castro llamaría "familia que posee dimensión historiable." Normalmente, la familia se definía en función del linaje, y el linaje en función de nobleza y limpieza, cualidades que brillan por su ausencia en Isabela y los suyos.

La noción de familia implica también la idea de fecundidad, sobre todo si recordamos que Isabela ha rechazado el celibato conventual al unirse en matrimonio con Ricaredo. Pero este matrimonio es infecundo, lo que ofrece un contraste notable con la idea normal de lo que constituye un feliz desenlace. No es que este matrimonio sea infecundo. Lo que pasa es que no tiene hijos, que no es lo mismo. En este relato tan insistentemente burgués la noción de fecundidad se desplaza de la procreación biológica a la generación de riqueza. La inversión del capital de Isabela por su padre, y la adquisición de la propiedad urbana por la joven pareja, representan la fecundidad de nuestros protagonistas. Aquí la gente no es fecunda; el dinero es fecundo. El concepto de fecundidad se redefine y pasa a funcionar dentro de un sistema de pensamiento económico, así como las nociones de familia y catolicismo.

El texto de Cervantes es, pues, un texto revolucionario. Invierte las normas genéricas de su época y anuncia una visión social subversiva – la plena integración de la clase burguesa mercantil cambista – precisamente por unas operaciones de cambio y sustitución. Tres conceptos estrechamente vinculados con la ideología oficial nacionalista y antimercantilista dejan su lugar acostumbrado y, al trasladarse, se revelan como soportes de una visión social y humana muy distinta. Las nociones de catolicismo, familia y fecundidad existen, en una tensa relación dialéctica, en dos niveles simultáneamente. A nivel de superestructura cultural forman parte de la retórica oficial y dan paso a las interpretaciones ortodoxas tipificadas por el cervantismo norteamericano en general. A nivel de infraestructura económica las mismas palabras-nociones se redefinen y dan coherencia a una visión opuesta a la ideología oficial. Son, o significan, dos cosas a la vez, doble vertiente referencial que se refleja en el título de *La española inglesa*.